

por ello no encontramos, por ejemplo, categorías exclusivas del pensamiento griego, ni tampoco categorías propias del pensamiento alemán, italiano o británico; pues categoría equivale a concepto universal, que escapa a toda particularización antropológica y sociológica, como pretende consentirlo el Dr. León Portilla en su precioso artículo. Ahora, si el conspicuo catedrático quiere significar con el vocablo *categoría* un carácter tipológico, está en su derecho, mas ello le pudo inspirar el deber de una aclaración en lo que concierne a tan radical cambio de sentido, y, por otra parte, precisamente por efectuado, dicho cambio no permite la extensión que sería de suponer al aplicarlo casuísticamente al pensamiento náhuatl, que por ello mismo quedaría manifiesto en calidad de doctrina filosófica.

Y la lectura de este cuarto capítulo así nos lo comprueba, pues no encontramos categorías a la manera que las pensaron Aristóteles, Platón, Kant, Hegel o tantos filósofos de Occidente, sino una nueva reseña de los elementos configurativos de la cosmovisión náhuatl, que el maestro León Portilla presenta con profundo sentido didáctico y desbordante erudición, sin que trascienda el marco descriptivo de las consideraciones que hasta el momento ha llevado a cabo en el sustancioso opúsculo, que desde el punto de vista histórico y antropológico tiene un valor indiscutible, sin que a nuestro juicio haya cumplido plenamente el deseo de justificar la cosmovisión azteca en calidad de filosofía categoréticamente equiparable al pensamiento occidental.

Esta sugerente aplicación de su teoría histórico-inventiva se contiene sumariamente en uno de los párrafos que encontramos en la Conclusión: "La traducción y estudio de los textos que hemos presentado con apoyo en una sana crítica documental y filológica, así como el haber adoptado, como método de comprensión, la teoría de la invención

histórica, que permite repensar hasta cierto grado la peculiaridad de lo culturalmente ajeno y distinto, nos ha acercado probablemente a algunas de las formas del pensar filosófico prehispánico. Hemos visto que los *tlamatinime* no elaboraron ciertamente grandes sistemas lógicos o racionalistas, a la manera de algunos filósofos de Occidente. Encontramos, en cambio, testimonios de sus inquietudes y dudas que los llevaron a dialogar consigo mismos, hasta llegar a concepciones, símbolos y atisbos enteramente distintos, capaces de convertirse en novedad, al ser repensados por el hombre moderno de raíz occidental" (págs. 68 sig.).

Tienen la palabra los teóricos y metodólogos de la historia.

MIGUEL BUENO

*Del Soliloquio o Consejos al escritor*, por William Shaftesbury. Traducción de Delia A. Sampietro. Editado por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. Buenos Aires, 1963. 164 págs.

Resulta muy estimulante que la Universidad de La Plata se haya ocupado de dar a prensas la traducción castellana del interesante ensayo de William Shaftesbury que lleva el sugestivo título *Del Soliloquio o Consejos al escritor*, pues en él se contiene un ensayo de sumo interés para explorar uno de los episodios más interesantes en la historia de la literatura y de la estética literaria en Inglaterra, como fue la florecida durante el siglo XVIII bajo el impulso de las letras isabelinas, que ejercieron una influencia comparable al esplendor de la literatura italiana del Renacimiento, con la estela de doctrinas estéticas que trajo consigo y que más tarde se habría de repetir en el XIX con la Romántica alemana.

Se trata, pues, de un capitosté representativo de la literatura británica y lo es en la triple acepción de literatura filosófica, de estética literaria y literatura en sí misma, que los tres ángulos convergen a la formación de Shaftesbury y se manifiestan en un ensayo tan florido como el que ampara el título de referencia.

No diríamos que se trata de un monumento clásico en la filosofía, pero sí es una obra representativa del movimiento estético-filosófico-literario que domina una perspectiva en la Isla durante el siglo XVII, cuyos tres vértices convergen al interés mutuo de una postura filosófica que va inclinándose a cada paso con mayor definición hacia el prospecto esteticista, que representa —junto con el logicismo y el eticismo— una de las tres grandes vertientes culturales que han inspirado sendas posturas en la filosofía oficial.

Esta obra resulta particularmente interesante para entender la evolución del pensamiento shaftesburyano, que acusa constante aproximación a la literatura dentro de un esteticismo que define una de las actitudes características de la filosofía. Y si tenemos en cuenta la rareza —o tal vez la carencia— de traducciones al castellano de tan conspicuo filósofo, el libro que ahora se nos brinda tiene un valor documental de primer orden, y será para el gran público de lengua castellana una primera oportunidad de asomarse directamente a la obra de William Shaftesbury, perfectamente conocido en referencias que hacen de él los tratados de historia filosófica, pero cuya lectura había estado ajena al ambiente mayor de nuestro idioma.

El lector encontrará de interés otear, por medio de esta nota bibliográfica, en algunos apuntes que deseamos obtener de la castellana traducción a cargo de Sampietro, quien además redactó una breve *Introducción* donde se aprecia una vez más la importancia que tiene este filósofo.

El estilo de Shaftesbury recuerda de

inmediato el circunloquio, ya que no únicamente soliloquio, a que tan afectos eran los filósofos barrocos del XVIII. Por ello principia su obra diciendo:

“He pensado muchas veces cuán errónea es la máxima, a menudo repetida por hombres prudentes, que dice: ‘En lo que a la conducta se refiere, nadie aprovecha de consejos.’ Mas, examinándola con cierto detenimiento, he sacado la conclusión de que podría aceptársela sin ningún daño para la humanidad. Pues no es de extrañar que los consejos sean mal recibidos si tenemos en cuenta la manera como generalmente se dan. Algo ha de ocurrir cuando las cosas se invierten de tal manera que el dador resulta el único ganancioso. Pues según he podido observar, lo que se llama dar consejos no es otra cosa sino aprovechar la ocasión para dar muestras de superior saber a expensas de los demás. Y, por el otro lado, recibir instrucción o consejos, según se practica entre nosotros, no es más que proporcionar a los demás, dócilmente, la posibilidad de lograr cierto prestigio a costa de nuestros propios defectos.

La verdad es que, por muy capaz que uno sea, o por muy dispuesto que se esté a darlo, no es fácil hacer del consejo un verdadero don. Pues para que el don sea en realidad tal, no ha de tomarse nada de otros y apropiárselo uno para sí. En cualquier otro terreno dar y dispensar equivale a generosidad y buena voluntad. Mas conceder a alguien saber es siempre adquirir sobre él un dominio que no debería sernos permitido sin más. El hombre está dispuesto a aprender cualquier cosa. Acepta maestros de matemáticas, de música, o de otras ciencias, mas no de cordura y sensatez.

Para un escritor no hay nada más difícil que no mostrarse presuntuoso a este respecto. Pues en general los escritores pasan todos por maestros de sensatez en su época. Por esta razón el poeta de antaño era tenido por auténti-

co *sabio*, capaz de dictar reglas de prudencia para la conducción de la vida y las costumbres. De qué modo abandonaron esta presunción es cosa que no podría decir. Ellos tienen la dicha y la ventaja de no estar obligados a poner sus pretensiones en descubierto. Y, si mientras afirman que sólo pretenden gustar, en secreto aconsejan y adoctrinan, quizá puedan aún ser estimados, y calificados con justicia, como los mejores y más honorables escritores.

Entretanto, se me dirá si tan peligroso es adoctrinar y prescribir, cuánto más peligroso no será aconsejar al escritor mismo.

A lo cual yo respondo que mi intención no es tanto aconsejar sino examinar los modos y maneras de dar consejos. Mi ciencia, si alguna hay, no es mejor que la del maestro de lenguas o de lógica. Pues se me ha puesto que la argumentación posee algún arte o juego de magia que nos capacita para transitar en este peligroso terreno que es el aconsejar, y nos asegura que nuestro consejo sea aceptado si es digno de ello.

Lo que me propongo es que consideremos este asunto como un caso de cirugía. Todo el mundo reconoce que la buena mano se adquiere con la práctica. Pero, ¿con quién practicar en este caso? ¿Quién que se preste el primero a probarnos la mano, a procurarnos la necesaria experiencia? He aquí la dificultad. Pues supongamos que hubiera hospitales especializados en esta especie de cirugía y pacientes dispuestos a soportar incisiones, sondajes y tanteos a nuestro paladar; no cabe duda que de este modo obtendríamos una experiencia considerable. Por fuerza algún conocimiento se habría de adquirir. Y con el tiempo, también buena mano, aunque no fuera muy hábil, o no cumpliera, esto es, en modo alguno con lo que se proponía la cirugía de que acabamos de hablar. Pues lo que en este caso se necesita es sobre todo mano suave. Nadie llamaría a un cirujano que careciera de sentimientos o de com-

pasión. Y no sería fácil encontrar al paciente con quien el operador pudiera mostrarse suave al tiempo que decidido y audaz.

Me hago cargo de que todo proyecto de cierta envergadura tiene un tufillo a fantasía y presunción quiméricas muy susceptibles de hacer caer en ridículo a quien lo presenta. Yo prevendría, por lo tanto, al lector en contra de este prejuicio, asegurándole que en la operación propuesta no hay nada que pueda mover a risa. O si lo hubiera, quizá la risa se volviera, por propio consentimiento, contra sí misma; lo que es ya una muestra del arte o ciencia que vamos a ilustrar.

De modo que, si en contra de la mencionada práctica y arte de la cirugía se objetara que en ninguna parte podría uno encontrar al paciente sumiso con quien mostrarse audaz y por quien uno sintiera, sin embargo, la mayor ternura y respeto, yo afirmaría lo contrario y contestaría por ejemplo: que cada uno se tiene a sí mismo por paciente. Pamplinas —se me dirá—, pues, ¿quién va a poder dividirse en dos personas, convertirse en sujeto de la propia experiencia? ¿Quién verdaderamente capaz de reírse de sí mismo y, en ese caso, de alegrarse de corazón o ponerse severo? Consulta a los grandes poetas y encontrarás muchos ejemplos. Nada más común entre ellos que esta especie de *soliloquios*: alguno, de grandes o medianas dotes ha cometido un error; ello le preocupa; avanza como si estuviera en un tablado, solo; mira a su alrededor para ver si hay alguien cerca; luego se pone a la tarea sin perdonarse nada. Te sorprendería saber hasta qué punto y cuán concienzudamente se sumerge en esta autodisección. En virtud del *soliloquio* se convierte en dos personas distintas. Es pupilo y preceptor a la vez. 'Enseña y aprende.' Ahora bien: en verdad digo que aun cuando careciera yo de otro elemento de juicio, defendería a nuestros poetas dramaturgos contra sus acusadores, precisamen-

te por ser adeptos a esta práctica que han tratado de mantener en todo su vigor. Pues sea o no esta costumbre algo natural y corriente, yo me tomo el derecho de afirmar que es honesta y loable, y que si no fuera ya natural deberíamos tratar, mediante el estudio y la aplicación, de que se hiciera natural.”

Como puede observarse, Shaftesbury dista mucho de ser un pensador sistemático y ni siquiera mantiene definida congruencia en la prosecución temática que desenvuelve en esta breve obra de abigarrado contenido; sin embargo, a pesar de la deshilvanada retoma de los motivos estéticos-literarios, *Consejos a un escritor* presenta la tónica de la reflexión filosófica británica del XVIII, que se inclina por el lado de la estética mediante una superior aproximación a la literatura.

Este libro de William Shaftesbury no es un trabajo monográfico ni sistemático, sino producto de observaciones circunstanciales que se efectúa el autor al amparo de su enciclopédica cultura, de su espíritu humanista, y sobre todo, con el desfogue de su especial inclinación a las artes. Sería inútil esperar de él una estética literaria propiamente dicha, ni tampoco una sociología o historia de la literatura en el pleno sentido del término; pero sí, en cambio, se nos brinda una grata amalgama de estos y otros aspectos que concurren al oficio del escritor y cuyos consejos pretenden exponer introspecciones que advirtió el pensador británico en relación a su propio oficio, que fue —quien lo duda— de un notable filosofante del siglo XVIII. Como por otra parte, la mayoría de los estudios contemporáneos presentan el mismo cariz, los “soliloquios” de Shaftesbury son una obra sintomática de su tiempo, representativa del empiriocriticismo psicologista didascálico británico que tantas afloraciones registró en el campo de la cultura.

Así principia, en la primera parte, a disculparse en el tono humilde que tanto adorna a los escritores barrocos,

excusando su atrevimiento de querer dar consejos al escritor, en virtud de la experiencia que desea transmitir al prójimo como una canónica preceptiva, lógico-literaria y eurística-didáctica, asunto que concierne al problema medular del escritor, cuya preocupación ingente gira en torno a las cuestiones fenoménico-sincréticas que atañen igualmente al aspecto psicológico que al fisiológico, al estético, al sociológico, al político, al religioso, etc. Y precisamente en esta conjunción de elementos es donde radica el valor de la obra, con toda la armazón de su reconocido empirismo.

Si preguntamos en qué consiste la aportación medular del libro, tal vez haya que localizarla en una especie de autoafirmación didáctica y dialéctica, pues de principio al fin se encuentra una indeclinable preocupación por lograr el desdoblamiento de la personalidad, entablando una especie de diálogo consigo mismo en el cual encuentra el filósofo aliciente primordial para auspiciar la catarsis y catálisis de los pensamientos que son incluidos como temática de la obra. Este motivo conduce las disquisiciones de Shaftesbury a través de los numerosos puntos que toca en su recorrido, principiando por la autoconfesión de su realidad personal, que es base para el equilibrio del escritor, situado en la turbamulta de circunstancias, valores y personas que lo rodean.

Poco habrán de obtener en ella quienes esperen de esta obra un tratado sistemático, pero buen rato de esparcimiento depara su lectura a quienes se conformen con agradable repaso a la multitud de acertados pensamientos y agudas observaciones que desfilan en sus páginas, y a través de ellas podrá el lector entablar con el autor un diálogo en que seguramente encontraría la justificación de los consejos que, a pesar de su título, no se circunscriben al escritor, sino atañen directamente a todo aquel que los supiere comprender.

MIGUEL BUENO